

# Una aproximación al *De Genesi adversus Manichaeos* de san Agustín

Resumen: El presente trabajo pretende constituir una aproximación a la obra agustiniana *De Genesi adversus Manichaeos*, obra en la que el santo comenta y defiende la narración de la creación divina del mundo en el libro del *Génesis*, en contra de la interpretación crítica que de él mismo proponen los miembros del maniqueísmo. Con miras a tal fin, articularemos nuestro trabajo en base a cuatro pasos: contextualizar el texto agustiniano en el marco de su obra y señalar los motivos de su escritura; ofrecer algunos datos claves sobre Mani y el maniqueísmo; exponer un panorama de la defensa agustiniana de las Escrituras en general en contra de la interpretación maniquea y, por último, exponer algunos de los principales argumentos con los que Agustín refuta las críticas maniqueas al libro del *Génesis*.

Palabras clave: San Agustín, maniqueísmo, *Génesis*, defensa, creación.

Abstract: This paper aims to provide an approach to the Augustinian text *De Genesi adversus Manichaeos*, work in which the saint comments and defends the account of divine creation of the world in the book of *Genesis*, against the critical interpretation of the Manichaeism's members. In order to reach our goal, we will articulate our work in four steps: contextualize the Augustinian text within his work and remark the reasons for his writing; offer some key data about Mani and Manichaeism; present an overview of the Augustinian defense of Scripture in general against the Manichean interpretation and, finally, present some of the main arguments with which Augustine refutes the Manichean critics on book of *Genesis*.

Keywords: Saint Augustin, Manichaeism, *Genesis*, Defense, Creation.

## 1. *De Genesi adversus Manichaeos*

*Del Génesis en réplica a los maniqueos* constituye el primer comentario agustiniano en torno al relato bíblico de la creación en el libro del *Génesis*. Es notoria la centralidad y la persistencia que tal relato ocupa en el conjunto de la obra agustiniana, según consta por sus otros cuatro comentarios al mismo (*De Genesi ad litteram liber imperfectus*, *Confessiones* 11-12, *De Genesi ad litteram* y *Civitate Dei* 11). En su totalidad, los cinco comentarios fueron escritos durante un período de tiempo que alcanzó alrededor de treinta años aproximadamente, entre 388 o 389 y 420.

La obra que nos ocupa fue escrita dos o tres años después de la vuelta a la fe católica y conversión de Agustín quien, recordemos, aunque en su infancia había recibido una sencilla educación católica de parte de su madre Mónica, y

a pesar de que en su juventud había tenido un primer encuentro con el texto de la Escritura como consecuencia de su lectura del *Hortensius* de Cicerón, abandona tal fe tras ingresar en la iglesia maniquea de Cartago donde, afe-rrado a la promesa de una religión cristiana racional y una explicación científica sobre el origen del mal, permanece durante nueve años en la condición de oyente. Insatisfecho intelectualmente por los presupuestos metafísicos del maniqueísmo, se desvincula de esta comunidad herética hacia 383 hasta que, impactado por la predicación de Ambrosio de Milán precisamente sobre el libro del *Génesis*, evento que le reveló la existencia y el valor de una exégesis espiritual del texto sagrado, e influido por la lectura de los “libros platónicos” que le ayudaron a descubrir en su interior la luz inteligible de la verdad, decide bautizarse en 386. Desde aquel entonces –antes de ordenarse sacerdote y mucho antes de ser consagrado obispo de Hipona– se dedica a escribir obras anti-maniqueas, como la que hemos de analizar.

*De Genesi adversus Manichaeos*, obra a la vez exegética y polémica compuesta por dos libros, surge pues en el marco de su discusión con la crítica que hacen los maniqueos del libro del *Génesis*, primer libro del Antiguo Testamento. En sus *Retractaciones*, Agustín nombra los motivos impulsores de su escritura: por una parte, enmendar su antiguo afán por convertir personas al maniqueísmo y, por otra, defender las Escrituras en favor de los católicos débiles en la fe, revelando el propósito maniqueo de ridiculizarlas y poniendo al descubierto el carácter racionalmente insostenible de sus críticas<sup>1</sup>. En las primeras líneas de su primer comentario al *Génesis*, nuestro autor enuncia explícitamente que asume para su redacción un estilo llano y sencillo puesto que pretende que sea de provecho para creyentes e instruidos pero, por sobre todo, para creyentes sin ninguna instrucción, aquellos que son “nuevos en la fe e incapaces de responder”<sup>2</sup> y, por ende, presa fácil del maniqueísmo. La pretensión de defender la fe católica frente a la interpretación burlesca que de ella hacen los maniqueos exige justamente, a juicio de Agustín, hacer una exégesis bíblica del relato de la creación acorde a las verdades de su fe, de modo tal que se eche por tierra el fundamento de toda crítica de sus adversarios. Su propuesta apologética se instala estrictamente, pues, en un plano teológico aunque, como hemos de ver, de un modo indirecto plantea cuestiones filosóficas.

---

<sup>1</sup> Cf. AGUSTÍN, *Retractaciones*, I, 10.

<sup>2</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 1.

## 2. Algunos datos sobre Mani y el maniqueísmo

Con miras a apreciar adecuadamente la refutación agustiniana a la postura maniquea frente al *Génesis* será útil tener en cuenta, aunque sea sucintamente, algunos datos sobre el fundador del maniqueísmo y los conceptos fundamentales de su doctrina<sup>3</sup>.

Tras recibir dos revelaciones divinas Mani (216-277), padre del maniqueísmo, se convence de que las revelaciones de los anteriores líderes religiosos, especialmente Buda, Zoroastro y Jesús, eran inconclusas y que su propia misión consistía en llevar al mundo la plenitud de la revelación a partir de lo que él denomina “la Religión de la Luz”. Mani solía referirse a sí mismo como “el apóstol de Jesucristo” y aseguraba que su propia doctrina conformaba el auténtico cristianismo. Aunque reconoce la figura de Jesús, cree que el Jesús de la ortodoxia cristiana era un ser falso, el diablo disfrazado, porque la encarnación o la asunción de un cuerpo físico resulta, a su parecer, incompatible para un ser enviado desde el ámbito de la luz en misión salvadora. En tanto cosmovisión religiosa, el maniqueísmo acepta formalmente el Nuevo Testamento como autoridad, pero niega la autoridad del Antiguo Testamento y objeta sus contenidos, especialmente su explicación sobre el origen del mundo puesto que, a su juicio, resulta endeble en comparación a su propia cosmogonía basada supuestamente en razones y demostraciones científicas. De ahí que un rasgo que caracteriza al maniqueísmo sea su postura crítica frente a la religión católica y su engaño dirigido “a muchos ignorantes a quienes intentan persuadir que la Nueva Ley se opone a la Antigua”<sup>4</sup>.

En cuanto el contenido específico de su doctrina, el maniqueísmo propone una explicación sobre el origen del mundo en tres momentos diferentes. En el primer momento, afirma la existencia de dos principios contrapuestos tanto desde el punto de vista metafísico, como desde el físico y el moral. Uno es Dios, también llamado el principio de la Luz, el cual es intrínsecamente bueno; el otro es Satanás, designado a menudo con el nombre de ‘materia’ o como Príncipe de las Tinieblas, y es intrínsecamente malo. Tales principios coexisten

---

<sup>3</sup> Para esta sección nos hemos servido de los valiosos estudios de J. K. COYLE, “Manés, Maniqueísmo”, en A. D. Fitzgerald (dir.), *Diccionario de San Agustín*. San Agustín a través del tiempo, Burgos, Monte Carmelo, 2001, pp. 831-838; H. Ch. PUECH, *Sobre el maniqueísmo y otros ensayos*, trad. M. Cucurella Miquel, Madrid, Siruela, 2006, pp. 17-53; F. BERMEJO RUBIO, *El maniqueísmo*. Estudio introductorio, Madrid, Trotta, 2008, pp. 67-99 y “Lógica dualista, piedad monoteísta: la fisonomía del dualismo maniqueo”, en *Ilus. Revista de Ciencias de las Religiones* 12 (2007) 55-79.

<sup>4</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 22, 34.

completamente separados entre sí y son igualmente absolutos, radicales, ingénitos y coeternos. Cada uno posee su propia morada o reino: el reino de la Luz, y el imperio de las Tinieblas. El primer momento o fase de la cosmogonía maniquea afirma, pues, un radical dualismo metafísico, físico y moral en el que el bien se identifica con el espíritu y el mal, una realidad existente por sí misma, se identifica con la materia.

El segundo momento de la cosmogonía maniquea evoca la historia del conflicto entre ambos principios que, al atacar y contraatacarse entre sí, se mezclan en sucesivos episodios dando lugar al origen del mundo material que conocemos y a los seres humanos. Dicho con otras palabras: la originaria separación radical entre ambos principios se desdibuja completamente en esta segunda etapa. Partículas de uno y otro principio se fusionan entre sí constituyendo la realidad material actual y visible, de modo que lo que encontramos en ella de bueno es atribuible al principio de la luz atrapada en la materia, y lo malo que encontramos en ella se debe a las tinieblas que aprisionan dicha luz. Lo mismo ocurre en el plano de la vida moral del ser humano: cada vez que éste obra bien o mal debe atribuírsele al principio de la luz que en su interior ha vencido al de las tinieblas o viceversa, desligándolo así de toda libertad y responsabilidad por sus actos. Cabe destacar que la creación del mundo material y de los seres humanos no responde según esta cosmovisión a una iniciativa libre de Dios, sino a una consecuencia necesaria del conflicto recíproco entre ambos principios. Del mismo modo es preciso tener en cuenta que de acuerdo con este relato la persona de Jesús representa a un enviado desde el ámbito de la luz con la misión de revelar a los hombres un conocimiento divino que les permita la salvación. Por último, señalemos la creencia maniquea según la cual el sol contiene partículas de la sustancia de la luz incontaminada, por lo que el astro llega a ser objeto de veneración.

El tercer momento de esta narración se refiere a la liberación final de la luz atrapada en la materia mediante las prácticas cultuales de los miembros de la religión maniquea. Esta etapa supone el retorno a la separación radical absoluta de la primera fase y se realiza a diario a través de un riguroso ascetismo llevado a cabo por ciertos miembros "elegidos" del maniqueísmo, verdaderos salvadores del género humano y del mundo entero, que debían involucrarse lo menos posible con la materia, por ejemplo, a partir de dietas estrictas, ayunos prolongados, abstinencia sexual y oración frecuente. Los "oyentes", como Agustín, se encontraban sujetos a un código de conducta menos riguroso y podían casarse, pero incluso a ellos se les desaconsejaba la reproducción en pos de frenar la mezcla entre la materia y el espíritu.

En reiteradas ocasiones, el Agustín convertido a la fe católica acusa a la cosmogonía maniquea por haberle obligado a creer –durante el tiempo que integró la herejía– el mito o la fábula de su relato sobre el origen del mundo y del hombre, porque le parece que carece de consistencia en cuanto se apoya en supuestos que no se demuestran. La idea de que un mundo en el que partículas de un espíritu de origen divino se encuentran aprisionadas en un ambiente material impropio a la bondad divina, le resulta racionalmente problemático<sup>5</sup>.

Pasemos a continuación a examinar la defensa agustiniana de las Escrituras en general en contra de la interpretación crítica de los maniqueos.

### 3. Agustín, defensor de las Escrituras

Bajo la influencia del maniqueísmo, Agustín accede a la escucha y lectura de muchos textos escriturarios cristianos bien conocidos, pero siempre interpretados desde textos “canónicos” maniqueos. Los maniqueos encuentran ridículas ciertas afirmaciones del Antiguo Testamento, especialmente lo que a su juicio constituye la concepción antropomórfica de Dios contenida en los relatos de la creación, y sus posiciones críticas calan hondo en el Agustín oyente. Sin embargo, luego de su conversión, nuestro autor redescubre progresivamente el sentido espiritual de las Escrituras, de modo que las posiciones maniqueas le parecen ya insostenibles. Convencido de la necesidad de la refutación del maniqueísmo, se consagra a la tarea de estudiar y defender los textos bíblicos, especialmente el Antiguo Testamento y sobre todo el libro del Génesis<sup>6</sup>.

Es posible trazar algunas características generales de la defensa de las Escrituras que se propone llevar a cabo Agustín<sup>7</sup>. En primer lugar, destacamos el hecho de que el pensador de origen africano, quien años más tarde reconoce que en el momento de escribir *De Genesi adversus Manichaeos* era un verdadero principiante en exégesis bíblica<sup>8</sup>, afirma reiteradas veces que las Escrituras constituyen un misterio<sup>9</sup> para el ser humano y que el desentrañamiento de su

---

<sup>5</sup> Cf. R. WILLIAMS, “Creación”, en *Diccionario de San Agustín*, p. 348.

<sup>6</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 5, 7: “Nos hemos propuesto, en cuanto Dios se digne ayudarnos, defender el Viejo Testamento que ellos censuran y mostrar que contra la verdad de Dios nada vale la ceguera de los hombres”.

<sup>7</sup> Seguimos aquí el texto de PÍO DE LUIS, *Introducción general*, en *Obras Completas de San Agustín*, t. XXX: *Escritos Antimaniqueos*, Madrid, BAC, 1986, pp. 100-156.

<sup>8</sup> Cf. AGUSTÍN, *Retractaciones*, I, 18.

<sup>9</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, II, 13, 18: las Escrituras contienen “misterios y sacramentos ocultos; por lo tanto, siempre deben interpretarse y entenderse conforme a la fe pura y exenta de errores”. Cf. también, I, 3, 5; I, 11, 17; I, 13, 19.

sentido supone acercarse a ella con una adecuada actitud de respeto y reverencia. La verdad, dicho con otras palabras, no puede ocultarse a quienes la buscan, pero es preciso que sea debidamente buscada. A su parecer, un gran obstáculo que enfrentan los maniqueos a la hora de interpretar las Escrituras del Antiguo Testamento consiste en su actitud torcida (“con mente perversa intentan desquiciarlo todo, y con su maldad se ciegan”<sup>10</sup>), cuyo ánimo de crítica no deja lugar al espíritu de aprendizaje (“los maniqueos disputan [...] queriendo antes censurar que conocer las Divinas Escrituras”<sup>11</sup>). Esta postura maniquea frente a las Escrituras no es un dato menor, dado que determina el talante y el ser de quienes se aproximan a ellas. En palabras de Agustín:

“Si los maniqueos quisieran esclarecer estos secretos de las palabras divinas, siendo más bien investigadores reverentes que no censurados vituperantes, ciertamente no serían maniqueos”<sup>12</sup>.

Otra importante dificultad que enfrentan los maniqueos intérpretes de las Escrituras es su ignorancia: atacan con dureza lo que desconocen. El nombre que mejor cuadra a su actitud es el de osadía, al atreverse a acusar lo que ignoran. Al referirse a las palabras del apóstol san Pablo, admitido como autoridad entre los maniqueos, Agustín escribe:

“Si los maniqueos que engañan a tantos con las lecturas de las cartas apostólicas no leyesen esto con los ojos cerrados, entenderían de qué modo deberían recibir las escrituras del Antiguo Testamento, y no se atreverían a vituperar con palabras blasfemas lo que ignoran”<sup>13</sup>.

Sin embargo, el principal impedimento de orden exegético para los maniqueos radica, como hemos de ver, en comprender la divina Escritura no en sentido espiritual sino carnal, es decir, siempre sujeto a la comparación de la realidad divina con la figura corporal humana que podemos ver y palpar. Como observa Pío de Luis, para Agustín únicamente critican las Escrituras quienes no las entienden, y a la vez, sólo quienes las critican se vuelven inca-

---

<sup>10</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 5, 8.

<sup>11</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 3, 5.

<sup>12</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, II, 2, 3. En otro pasaje insiste en el mismo sentido. Aludiendo a las palabras del apóstol san Pablo, afirma (I, 2, 4): “El fin del mandato es la caridad que procede de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe no fingida. Si poseyeran esto los maniqueos, no serían herejes”.

<sup>13</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, II, 13, 19.

paces de comprenderlas<sup>14</sup>. Quienes, en cambio, sin ánimo de criticar anhelan conocer el significado misterioso de las Escrituras deben hacerse digno de ellas, lo cual supone no sólo esmero, interés y esfuerzo, sino también piedad que no es sino una actitud de sumisión y respeto a Dios, la disposición de aceptar las verdades de fe y dejarse juzgar por ellas en lugar de ponerse como su juez. Un modo concreto en que la piedad se ejercita consiste, según Agustín, en creer en los misterios de las Escrituras incluso antes de haber alcanzado la comprensión de ellos. Dicha actitud piadosa será la que allane el camino mismo del entendimiento: en este sentido al referirse a los maniqueos, afirma “debieron primero creer para que merecieran después entender”<sup>15</sup>.

Aunque, según Agustín, Dios no manifiesta misterio alguno a quienes son indignos de Él<sup>16</sup>, sin embargo, destaca la utilidad que representan las herejías como la maniquea para estimular en los creyentes el estudio de la Escritura:

“La divina Providencia permite que haya muchos herejes con diversos errores, para que cuando nos insultan y nos preguntan cosas que ignoramos sacudamos la pereza y nos acucie el deseo de conocer las Letras divinas”<sup>17</sup>.

Observemos, por otra parte, que Agustín es consciente del lenguaje enigmático de los textos escriturarios. Este problema también es tenido en cuenta por nuestro autor y en su respuesta resuena como eco la concepción neoplatónica de la inefabilidad de lo divino, derivada del supuesto de que el conocimiento apropiado para el principio supremo de la realidad no puede decirse con un lenguaje atributivo, sino negativo<sup>18</sup>:

“Ninguna cosa puede hablarse dignamente de Dios. Sin embargo, para que nos alimentemos nosotros y entendamos las cosas que no pueden expresarse por ningún discurso humano, se exponen con estas palabras que podemos entender”<sup>19</sup>.

---

<sup>14</sup> Cf. PÍO DE LUIS, *Introducción general*, p. 118.

<sup>15</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 5, 8.

<sup>16</sup> Cf. AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 13, 19.

<sup>17</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 1, 2.

<sup>18</sup> Cf. F. GARCÍA BAZÁN, *Plotino y la mística de las tres hipóstasis*, Buenos Aires, El hilo de Ariadna, 2011, p. 23.

<sup>19</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 8, 14.

Cabe aclarar que en la época en que Agustín vive existían ya gran variedad de comentarios patrísticos sobre el *Génesis*, que defienden la idea cristiana del origen del mundo como creación divina por oposición a diferentes dualismos gnósticos y corrientes filosóficas que explicaban el origen del mundo en términos de una emanación necesaria y eterna<sup>20</sup>. Agustín, deudor de dichos comentarios patrísticos, es consciente de la distinción entre el sentido figurado y literal que revisten las palabras del texto sagrado: así, en el primer libro de la obra que venimos estudiando, centrado en lo que denomina “el libro de la creación de los cielos y la tierra”<sup>21</sup>, dando a entender con ello el primero de los dos relatos de la creación (*Gn* 1,1-2,3), realiza un comentario en sentido literal, mientras que en el segundo, centrado en *Gn* 2,4-3,24, propone una interpretación figurada. La razón de ello radica en que en aquel entonces no veía de qué manera el libro del *Génesis* podía explicarse al pie de la letra en su totalidad sin evitar blasfemar o contradecir la fe católica<sup>22</sup>. Por ende, urgido a no retardar su refutación a las críticas maniqueas referidas al *Génesis*, en el libro segundo de su primer comentario decide explicar el sentido figurado de aquellos escritos<sup>23</sup>. Precisamente en relación con el sentido figurado de las Escrituras, Agustín cree que Dios lo ha querido y visto conveniente para ejercitar las mentes de quienes buscan la verdad, apartándolos así de los asuntos carnales y ocupándolos, en cambio, en asuntos espirituales<sup>24</sup>.

#### **4. Refutación agustiniana de las críticas maniqueas al libro del *Génesis***

Atendamos ahora a algunos de los principales argumentos con los que Agustín refuta las críticas de los maniqueos –que, cabe destacar, conocía muy bien– en relación al relato de la creación presente en primer libro del Antiguo Testamento.

Frente al versículo inaugural del libro del *Génesis*, “en el principio Dios hizo el cielo y la tierra”, los maniqueos cuestionan en primer lugar: ¿en qué principio hizo Dios el cielo y la tierra? La respuesta de Agustín apunta a poner de manifiesto que toda la Trinidad está involucrada en el acto de la creación.

---

<sup>20</sup> Cf. R. J. TESKE, “El Génesis y los relatos de la creación”, en *Diccionario de San Agustín*, p. 593.

<sup>21</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, II, 1.

<sup>22</sup> Cf. AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, II, 2, 3.

<sup>23</sup> Cf. AGUSTÍN, *De Genesi ad litteram*, VII, 2.

<sup>24</sup> Cf. PIO DE LUIS, *Introducción general*, p. 121.



Dios, afirma, “hizo el cielo y la tierra en el Principio, [pero] no en el principio del tiempo, sino en Cristo, ya que el Verbo por quien y en quien fueron hechas todas las cosas, estaba en el Padre”<sup>25</sup>. El Verbo, reafirma en otro pasaje, era “en el principio Dios en Dios”<sup>26</sup>. Dicho de otro modo, al cuestionamiento maniqueo Agustín responde que Dios Padre hizo el mundo en su Hijo.

A la pregunta maniquea: ¿qué hacía Dios antes de crear el cielo y la tierra?, Agustín responde con una idea central de su pensamiento: “Dios creó el tiempo y, por consiguiente, *antes* de crear el tiempo no existía el tiempo”<sup>27</sup>. El tiempo comienza a existir en el mismo momento que el cielo y la tierra, de modo que el tiempo, el cielo y la tierra son todas hechuras de Dios que se originan en el mismo acto creador. No hay un tiempo que preceda a la creación divina del tiempo.

Ante el interrogante maniqueo: ¿qué fue lo que *repentinamente* agradó a Dios para hacer lo que nunca antes había hecho?, Agustín contesta que la formulación de tal pregunta supone que hubiera transcurrido algún tiempo en el que Dios demoraba su accionar antes de crear el cielo y la tierra. Hablar de la sucesión de un estado a otro constituye un modo que asume nuestro lenguaje, que nos permite comprender el paso del tiempo, pero Dios no se sucede de un estado a otro, sino que es siempre el mismo<sup>28</sup>, porque es eterno. Con contundencia, nuestro autor insiste: “No podía pasar tiempo alguno que antes no hubiera hecho Dios, porque no puede ser creador de los tiempos sino el que existe antes del tiempo”<sup>29</sup>. El mundo, por ende, no es eterno como lo es Dios porque, a diferencia de Dios, el mundo tuvo un comienzo temporal. En este punto de su argumentación, como en varias ocasiones, Agustín va más allá de la pregunta crítica de los maniqueos para refutar su supuesto de la existencia de dos principios metafísicos radicalmente opuestos, con la intención de distinguir las naturalezas del Creador y lo creado, afirmar la bondad de lo creado y desvincular a Dios de los males que puede sufrir la criatura:

“Del mismo modo, todas las cosas que hizo Dios son extremadamente buenas; pero no con la misma bondad con que es bueno Dios. Porque Él las hizo y ellas fueron hechas por Él. No las engendró de su misma naturaleza para que fuesen lo que es Él, sino

---

<sup>25</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 2, 3.

<sup>26</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, II, 24, 37.

<sup>27</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 2, 3. *Cursivas añadidas.*

<sup>28</sup> Cf. R. WILLIAMS, “Creación”, p. 351.

<sup>29</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 2, 3.

que las creó de la nada a fin de que, como es razonable, no fuesen iguales ni al que las hizo ni a su Hijo, por quien fueron creadas”<sup>30</sup>.

Las naturalezas creadas son buenas en cuanto recibieron el ser de Dios, pero no lo son absolutamente, porque pueden cambiar y corromperse, en cambio, Dios es de naturaleza inmutable e incorruptible. En la misma línea de sentido, hacia el final de la obra que estudiamos, Agustín escribe:

“Ellos [los maniqueos] dicen que existe la naturaleza del mal, a la cual Dios se vio obligado a ceder parte de su naturaleza para ser atormentada por ella; nosotros decimos que no existe ningún mal natural, sino que todas las naturalezas son buenas y que el mismo Dios es la suma naturaleza y las demás son naturalezas por él, y en cuanto son, todas son buenas, porque Dios hizo todas las cosas sobremanera buenas, pero ordenadas en sus grados distintos, de tal modo que unas son mejores que otras, y así se completa con toda clase de bienes en este universo, el cual teniendo algunos seres perfectos y otros imperfectos es todo él perfecto. A este universo el Dios creador y conservador de él, que hace todas las cosas buenas con sólo quererlo, sin verse obligado por nada a padecer mal alguno [...] lo gobierna con ley justa”<sup>31</sup>.

Volviendo a la pregunta de los maniqueos referida a la primera afirmación del *Génesis*, Agustín asegura que la razón última por la que Dios creó el cielo y la tierra es su propia voluntad. La voluntad de Dios, nos dice, es la única causa de todas las cosas que existen. Si la voluntad de Dios se fundara en alguna causa externa, ésta sería antecedente de su voluntad, lo cual es inaudito.

Respecto al segundo versículo del libro del *Génesis*, “la tierra era invisible e informe”, los maniqueos inquieren: ¿cómo es que Dios hizo en el principio el cielo y la tierra, si *ya antes* la tierra existía invisible e informe? La respuesta agustiniana apunta en este caso a defender la idea cristiana de la creación *ex nihilo*, inconcebible para la mentalidad maniquea. Nuestro autor niega que la tierra existiera antes de que Dios la creara: Dios es omnipotente, explica; Dios creó de la nada la materia informe de todas las cosas y, simultáneamente, creó de la nada todas las cosas. Bajo los nombres de cielo y tierra,

---

<sup>30</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 2, 4.

<sup>31</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, II, 29, 43.

pero también los de abismo, tinieblas y aguas, se comprende a la materia informe de la cual creó Dios toda creatura, materia que tenía la potencia de llegar a tomar la forma determinada de todas las cosas, pero dada la limitada capacidad racional de los hombres,

“que están incapacitados para entender las cosas invisibles, éstas fueron llamadas con nombres visibles. Primeramente la materia fue hecha confusa y sin forma, para que de ellas más tarde se hicieran todas las cosas que hoy están separadas y formadas, y según creo a esto llaman los griegos caos. También leemos que se dijo en alabanza de Dios *tú hiciste el mundo de materia informe*, lo que algunos códices escriben de materia invisible”<sup>32</sup>.

En cuanto a la siguiente afirmación del libro del *Génesis*, “y las tinieblas estaban envolviendo al abismo”, los seguidores de Mani interpretan que ello quiere decir que Dios estaba envuelto en las tinieblas antes de crear la luz. Agustín refuta esta interpretación en sentido carnal: los maniqueos, afirma, no son capaces de percibir otra luz que no sea la que ven con sus propios ojos carnales, lo cual explica que adoren al astro sol por considerar que contiene partículas del principio bueno de la luz o Dios. Pero Dios no es un ser material que ocupa un espacio físico: “Dios no está contenido en lugar alguno, sino que está presente en todas partes”<sup>33</sup>. El verdadero sentido de la afirmación escrituraria es, según Agustín, que existe otra luz en la cual habita y de donde procede aquella luz, según precisan las palabras del Evangelio: “Es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (*Jn* 1, 9). Esta luz no es percibida por los ojos del cuerpo, sino por los hombres de corazón limpio que creen en Dios y cumplen sus mandamientos<sup>34</sup>. A causa de su soberbia y de la fábula que se inventaron, los maniqueos creen que la naturaleza del hombre es *en parte* de la misma naturaleza del principio bueno de la luz o de Dios, y *en parte* del principio malo de las tinieblas, de modo “que cualquier cosa pecaminosa que hagan ellos no lo hacen ellos, sino el principio de las tinieblas”<sup>35</sup>, “una naturaleza extraña de ellos, la que no existe”<sup>36</sup>.

---

<sup>32</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 5, 9.

<sup>33</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, II, 8, 10.

<sup>34</sup> Cf. AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 3, 6.

<sup>35</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, II, 26, 40.

<sup>36</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, II, 27, 41.

Las tinieblas no existen por sí mismas. Esta es la idea que a continuación defiende Agustín. Respecto del versículo del *Génesis* que afirma “y dijo Dios, hágase la luz”, Agustín explica: Dios lo dijo porque donde no hay luz, hay tinieblas, pero no porque las tinieblas fuesen algo. Sin duda, la definición agustiniana del mal como ausencia de un bien debido toma de este temprano texto su enunciación formal:

“A la ausencia de luz [Dios] llamó tinieblas. El silencio no es algo positivo, sino que llamamos silencio a la carencia de ruido; tampoco la desnudez es algo real, sino que al cuerpo no vestido se llama desnudo; nada es la vacuidad, mas el sitio donde no hay cuerpo alguno se dice vacío; de idéntico modo, las tinieblas no son realidad, sino que allí donde no hay luz decimos que existen tinieblas”<sup>37</sup>.

De este modo, Agustín ataca directamente el postulado maniqueo de la existencia de un principio malo subsistente por sí mismo, increado y coeterno con Dios, que lucha contra Él y que le hace daño.

Por último, observemos la principal crítica maniquea referida al relato de la creación en el *Génesis*. Como dijimos anteriormente, tiene que ver con una acusación a este libro del Antiguo Testamento por contener supuestamente una concepción antropomórfica de Dios. Los maniqueos, escribe Agustín, suelen poner el grito en el cielo y mofarse de la fe católica por su interpretación del versículo que afirma “Y dijo Dios: hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra y tenga dominio en los peces del mar y en las aves del cielo y en todos los animales [...] y en toda la tierra [...]”. Su error, prosigue, consiste en tomar como punto de referencia nuestra figura corporal, de ahí que pregunten irónicamente: “¿Acaso Dios tiene narices y dientes y barbas y entrañas y todo lo restante que en nosotros es necesario?”<sup>38</sup>. Como creer tales cosas resulta absurdo, los maniqueos concluyen que el hombre no ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. La respuesta de Agustín es categórica: los católicos no creen que Dios esté circunscripto por una forma corporal humana. En diferentes pasajes, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, se alude a los ojos, oídos, labios, pies, manos y dedos de Dios con el fin de volver comprensible el sentido de lo transmitido a los creyentes niños en la fe. Sin embargo, asegura que “por estos nombres no han de entenderse los

---

<sup>37</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 4, 7.

<sup>38</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 17, 27.

miembros corporales, sino las potencias espirituales”<sup>39</sup>. Lo que el hombre tiene de imagen y semejanza con Dios no es su cuerpo, sino el poder de su razón e inteligencia por el cual domina y somete a los animales de la tierra, carentes de entendimiento. Sin embargo, Agustín asegura que también el cuerpo del ser humano ha sido creado de tal modo que indica que es de mejor condición que el resto de los animales y, por ende, semejante a Dios: el hecho de que nuestro cuerpo se encuentre erguido, a diferencia de los animales que se inclinan o arrastran sobre la tierra, indica, a su parecer, que también nuestra alma debe aspirar hacia lo alto, esto es, hacia las realidades espirituales y eternas. De modo que “también la forma erguida del cuerpo [atestigua que], principalmente por el alma, el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios”<sup>40</sup>.

En relación a la acusación maniquea de una concepción antropocéntrica de lo divino en el libro del *Génesis*, también puede citarse su interpretación del pasaje que afirma el descanso de Dios, terminada la creación, en el séptimo día. Preguntan si acaso Dios tenía necesidad de descansar y si es que se había fatigado por las obras que hizo en los días previos. A esta objeción, Agustín responde que se trata de otra locución figurada: el descanso de Dios significa nuestro descanso, “el cual nos dará de todos nuestros trabajos, si nosotros también hubiéramos hecho obras marcadas con el sello de Dios”<sup>41</sup>.

## 5. Conclusiones

En estas páginas hemos intentado ofrecer una aproximación al primer comentario agustiniano sobre el libro del *Génesis*, fruto de su discusión con la postura crítica maniquea. La relación de Agustín con el maniqueísmo, de aceptación primero y de refutación después, explica el empeño con que el santo defiende la verdad de las Escrituras, en especial, su atracción por el primer libro del Antiguo Testamento, puesto que el relato de la creación del mundo posee un valor fundamental en la vida de la Iglesia católica, en la determinación de los contenidos de la fe y de la moral.

El Agustín exégeta tiene conciencia del misterio que encierran las palabras de las Escrituras y de la actitud de reverencia y piedad que son necesarias a fines de vislumbrar su sentido. Por ello acusa a los maniqueos cuya soberbia y mente torcida, los lleva a criticar aquello que en realidad ignoran,

---

<sup>39</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 17, 27.

<sup>40</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 17, 28.

<sup>41</sup> AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, I, 22,34.

de modo que tienden a interpretar todo lo expresado en los textos escriturarios de manera carnal, es decir, comparando a Dios con la figura del cuerpo humano que se puede tocar y sentir.

En cuanto a los argumentos agustinianos que hemos seleccionado para señalar su refutación a las críticas maniqueas al libro del *Génesis*, podemos subrayar las siguientes ideas. Para Agustín:

- Dios Padre creó de la nada al mundo en Cristo, su Principio o Verbo, engendrado, no creado y, por lo mismo, de igual naturaleza que Él.
- Todo lo creado posee una naturaleza diferente a la del Creador. Dios es el sumo ser y la suma bondad; las cosas, por su parte, son buenas en cuanto han sido creadas por Dios, pero por sí mismas, en cuanto sacadas de la nada, son cambiantes, temporales y corruptibles. Aunque tengan grados de bondad, propio de su límite ontológico, toda naturaleza es buena porque tiene la bondad de ser sustancia.
- Dios, el ser eterno, creó el mundo y el tiempo en un mismo acto.
- La causa última de la existencia del mundo y de todo lo que existe es la voluntad de Dios.
- Las tinieblas no son en sí mismas nada: son ausencia de luz. Por ende, no pueden combatir ni dañar el ser de Dios, como pretenden los maniqueos en sus fábulas sobre el origen del mundo. En el caso del ser humano, no es que cuando obre mal se deba a que el principio de las tinieblas ha triunfado en su interior por encima del principio de la luz, sino que por su propio querer peca y se corrompe<sup>42</sup>.

Por nuestra parte, destacamos el valor de esta obra no sólo por contener en germen sus intuiciones filosóficas centrales, sino por su voluntad de defender íntegramente las Escrituras en conformidad con la fe católica.

María Soledad ALE

Recibido: 03/12/2015 - Aceptado: 01/02/2016

---

<sup>42</sup> Cf. AGUSTÍN, *De Genesi adversus Manichaeos*, II, 8, 11.